

por haberle llamado los Superiores para que se ordenara de Orden Sacro, no por eso dejaba de tener presente delante de Dios á los soldados, haciendo oracion por ellos y revelándole nuestro Señor lo que sucedia.

Una noche á deshora, dijo al P. Nobrega con quien entónces estaba: «Demos gracias á Dios nuestro Señor, porque los nuestros han alcanzado victoria de los enemigos.» Fué así, que aquel mismo dia la alcanzaron muy insigne, con que se acabó de limpiar de enemigos el Riojaneiro. Ordenado de Sacerdote, decia la Misa el siervo de Dios con gran devocion, y muchas veces le vieron, mientras celebraba, levantado en el aire.

IV

Siendo Sacerdote y misionero, le suceden cosas maravillosas.

A pocos dias despues de Sacerdote, sucedió un caso raro, en que se echó de ver lo mucho que agradaban á Dios los sacrificios de su siervo.

Vivian dos hermanas indias, ambas cristianas y casadas, una en el lugar de S. Vicente y otra en una aldea vecina. Vino la aldeana á la villa á ayudar á su hermana en su trabajo ordinario, que era hacer cera hilada, la cual revuelta en rollos ó en otra forma semejante, sirve á la gente ordinaria en el Brasil, para alumbrarse en las noches. En ocupaciones como estas se enseñaban las indias al trabajo y á la policia de la vida humana.

Haciendo ambas hermanas su labor, la aldeana formó para sí de la cera dos velas, y preguntada de su hermana ¿á que fin las hacia? Respondió: Helas de ofrecer al P. José, para que á devocion de mi nombre diga una Misa cuando yo fuere santa: quiso decir, cuando sea muerta de los enemigos por la fe cristiana, y alcanzare palma de mártir. Ofreció sus velas al santo Padre, de clarándole el fin de su oferta, suplicándole la dijese aquella Misa, pues eran tan agradables á Dios sus sacrificios.

Pocos dias despues entraron los indios en los términos de S. Vicente, y entre otros cautivos llevaron á esta mujer, que viniendo á manos de un capitán de los enemigos, la quiso forzar; resistió ella valerosamente, diciendo que era cristiana y casada legítimamente, y no habia de hacer ofensa á su marido ni á su Dios. Ofendióse el bárbaro de tan constante resistencia, y con grande crueldad mató á la casta india. Aquel mismo dia supo el P. José por divina revelacion todo el suceso, y encendidas aquellas dos velas, dijo Misa de mártir con las oraciones y lecciones que acostumbra la Iglesia, y en todos los lugares de la Misa que ordena el ceremonial, pronunció el nombre de la india dichosamente muerta, como de santa mártir. Distaba el lugar de

su muerte más de treinta leguas de la villa de S. Vicente, donde á la sazón vivia el siervo de Dios, el cual preguntado del P. Nobrega, qué santa era aquella, á quien aquel dia habia ofrecido el sacrificio de su Misa, dijo el nombre de la india, muy conocida en S. Vicente por su piedad y devocion, afirmando que aquel mismo dia habia sido muerta por la castidad, y subido su alma al cielo.

Tambien las ánimas del Purgatorio, codiciosas del bien de sus sacrificios, se los pedian; y así sacó á muchas del Purgatorio ántes que se supiese su muerte.

Un dia de S. Juan Evangelista, que es el tercero de Pascua de Navidad, dijo la Misa de Difuntos, que suele ofrecerse en la muerte de un difunto particular. Preguntóle su Superior por qué en dia tan festivo habia dicho aquella Misa, dijo que porque aquella misma noche habia muerto en el colegio de Loreto en Italia un Padre de la Compañía, que fué su condiscípulo en Coimbra. Volvióle á preguntar el P. Rector, qué sabia de su estado Respondió, que cuando llegó á aquellas palabras del Cánón: *Omnis honor, et gloria*, habia entrado en el cielo aquella alma dichosa.

Estando en Piratininga, gobernaba aquella casa el P. Adan Gonzalez, hombre de muchos años, el cual estando una mañana orando en una azotea descubierta al cielo, vió pasar por el aire un escuadron de gente, que no discernia bien, entre los cuales oyó á uno que le decia: «Padre, Padre, ruega á Dios por mí, que yo soy.» Conoció que aquella era la voz de un hijo que tenia tambien en la Compañía, llamado Bartolomé, porque habia sido casado ántes. Estaba entónces el H. Bartolomé estudiando en el colegio de la Bahía. Fuese luego el P. Adan al P. José, que habia llegado allí, para saber cómo estaria su hijo; porque, como hombre santo y á quien Dios nuestro Señor revelaba sus secretos, esperaba que le habia de decir lo que habia: y así, sin decirle nada de lo que habia visto, le preguntó: «Vale bien por ventura á Bartolomé.» Bien, respondió el santo varon, «no hay para que V. Reverencia esté cuidadoso;» y mudando plática lo divirtió de aquella imaginacion.

De allí á un año vino una nave que traia las nuevas de la muerte del Hermano Bartolomé. Pidió el P. Adan al siervo de Dios que añadiese una Misa por su hijo, á las que usa decir la Compañía por los difuntos. Respondió el P. José que ya le habia dicho cinco Misas y que no habia tenido necesidad de más su dichosa alma, y que las dijo cuando tuvo él aquella vision en la azotea; porque entónces habia muerto el H. Bartolomé, aunque la distancia de los lugares y poco curso que habia en aquel viaje, no habia dado lugar á que viniese la nueva. Pero Dios habia revelado á su siervo la muerte del hijo para que rogase por él, y juntamente la vision del Padre.

Andando muy achacoso el P. José, fué al aposento del enfermero que estaba escribiendo una carta para una hermana suya que estaba en Lisboa: díjole que para qué gastaba tiempo sin provecho, porque su hermana era ya difunta y que al cielo podia enviar la carta, no á Lisboa: pidióle dejase de escribir, pues no habia para qué y que le diese algo de comer porque estaba muy debilitado. Cuando supo despues el Hermano que habia muerto su hermana en aquel mismo tiempo que lo habia dicho el varon de Dios, le pidió dijese una Misa por su alma. Ya lo he hecho, respondió, cuando ella partió de esta vida.

Otra vez viviendo el siervo de Dios en el colegio de la Bahía, habia salido bien léjos de la ciudad á oír una confesion de un enfermo; caminando de noche junto á una laguna, oyeron él y su compañero unos gritos muy lastimosos, como de hombres á quien atormentaban. Erizáronse los cabellos al compañero, quedando medio muerto de espanto. Animóle el santo Padre, y levantando los ojos al cielo, dijo: «¡Eterno Dios, cuán grande es tu poder!» Dijo luego al compañero que, hincado de rodillas, dijese cinco veces el Padre nuestro y Ave María por las almas del Purgatorio: hizo tambien oracion el mismo P. José y luego cesó todo aquel ruido y llanto.

Tuvo tambien este siervo de Dios grande espíritu para predicar la palabra divina: arrojaba fuego de su boca, encendía los pechos más tibios y ablandaba corazones de piedra, deshaciendo en lágrimas á los pecadores.

Una señora principal se hallaba tan movida con sus sermones, que decia le ponía el Espíritu Santo las palabras en la boca como una paloma pone en el pico de sus hijuelos los granos de trigo.

Predicando un dia del Espíritu Santo, vió un Padre de la Compañía que vino volando un pájaro que parecia canario, y se puso en el hombro izquierdo del siervo de Dios, significando Su Divina Majestad con esta señal cuán suave música hacia á los Angeles la predicacion del santo Padre.

El Obispo del Brasil, D. Pedro Leitan, persona de gran autoridad y letras, decia por el P. José que oiria de mejor gana á aquel sólo canario que al coro de todos los predicadores del mundo.

Tuvo en los sermones algunos maravillosos sucesos. Una vez que habia entrado el gobernador de la colonia de S. Vicente treinta leguas adentro de los términos de los tapuyas enemigos, y en dos meses no se sabia de él; predicando el siervo de Dios, se paró y calló un rato en medio del sermón, cubriendo con la mano el rostro y ojos. Volvió despues en sí diciendo: «Digan todos un Padre nuestro y un Ave María, dando gracias á nuestro Señor, porque hoy ha dado una señalada victoria á los nuestros. Volvieron presto los vencedores y dijeron cómo habian vencido el mismo dia que el P. José lo habia dicho desde el púlpito.

No se contentaba este celoso varon con predicar á los portugueses; salia tambien á hacer varias correrías por la tierra para convertir los indios y hacer otras obras de mucho servicio de Dios, sucediéndole en estas peregrinaciones y caminos casos notables.

Una vez se le volcó la canoa en que atravesaba un rio; salváronse todos los que le acompañaban porque sabian nadar; sólo el P. José, que nunca supo nadar en toda su vida, se hundió en lo profundo de las aguas en las cuales estuvo espacio de media hora sin perder el sentido, cuidadoso solamente, como él dijo despues, de JESUS, de MARÍA y de no beber del rio. Al cabo de este tiempo guió Dios á un indio grande nadador hasta donde estaba su siervo, y zambulléndose debajo de las aguas le alumbró para que viese al Padre José que estaba sentado en el fondo, y tomándole de la ropa le sacó con gran facilidad.

Otra vez habiendo parado en uno de aquellos desiertos donde habia muchos tigres y onzas, y armado una tienda para dormir y pasar la noche; se salió de ella, como solia, á orar al campo. Al cabo de largo rato tornó, y de lo que llevaba de comida para sí y sus compañeros, tomó buena cantidad de una fruta que llaman batata y la arrojó fuera de la tienda, diciendo en lengua brasil: «Tomad, hermanas mias vuestra racion.» Preguntáronle despues á quién habia echado aquella fruta, y respondió: «A mis compañeras;» y eran unas onzas que le habian asistido mientras oraba y le fueron acompañando hasta la tienda. A la mañana vieron los compañeros del santo Padre las pisadas de las onzas impresas en el arena; tanta era su caridad que aún hasta las fieras se extendia.

Caminando otra vez acompañado de indios, encontraron una víbora; huyeron luego los bárbaros espantados con su vista, por ser el veneno de esta serpiente, principalmente en aquella tierra, muy mortal. Hizo volver á todos el santo Padre; mandó á la víbora que le viniese á las manos; obedeció ella, y el siervo de Dios muy contento se sentó con mucho espacio regalándola y pasándola la mano por encima como si fuera un perrito de falda, y aprovechándose de la ocasion, comenzó á hablar de la omnipotencia de Dios, mostrando cómo todas las cosas se rinden á los que le sirven. Dió muchos buenos avisos á los brasiles que le oian y estaban suspensos de sus fervorosas palabras y de la admiracion que aquel caso pedia. Exhortólos á que guardasen la ley de tan buen Dios, y al cabo de larga plática echó la bendicion á la víbora y dióla licencia para que se fuese.

En otro camino topó otra víbora á la cual como vió su compañero quiso echar á huir; pero detúvole el santo Padre, y llegándose á la víbora la puso encima el pié que llevaba como siempre descalzo, y, como haciendo burla

de aquella sierpe, la exhortaba á que le picase y vengase las injurias que habia hecho á su Criador; pero la víbora aunque la pisaba el siervo de Dios se estaba sin picarle, como si la hubiera imprimido su mansedumbre el santo varon con su contacto; sólo alzando el cuello le miraba y volvía á un cabo y á otro cabo la cabeza, hasta que mandándola que no hiciese mal á nadie, alzó el pié y la dejó ir libre.

En una jornada que hizo acompañado de algunos Sacerdotes desde el lugar de San Vicente á Piratíninga, habian ya andado siete leguas, cuando en una ermita quisieron decir Misa; pero no hallaron misal. Encargóse el P. José de traerle de S. Vicente, porque no se dejase de hacer aquel servicio á nuestro Señor; fuese, y dentro de media hora, con haber de andar catorce leguas, volvió con el misal, sin haberle visto nadie en S. Vicente ni haberse echado ménos en la sacristía el misal; pero el Angel del Señor que en otras ocasiones le asistía en esta le llevaría por el aire como al profeta Abacuc, ó le traería á las manos el misal que deseaba.

Otra vez iba caminando con cuatro ó cinco personas entre las cuales no llevaban más vino que un poco hecho de miel que le dió de limosma un devoto del santo varon. Gastaron en el camino tres ó cuatro dias, comiendo tres veces al dia, como suelen los caminantes, y bebiendo todas ellas de la calabaza en que llevaban el vino hasta satisfacerse todos; pero nunca se agotó. Sólo mandaba el siervo de Dios que se llenase de agua todo lo que se habia gastado de vino, el cual siempre se fué mejorando mientras más lo llenaban de agua.

En tierra de Itania le sucedieron otros casos admirables. Íbale acompañando un muchacho que llevaba en una cesta un poco de comida, y habiéndose ya acabado y teniendo el muchacho hambre, le consoló el santo Padre; prometiéndole que Dios les proveería, que presto hallarian á la ribera un pez, pero no de comer; mas luego toparian otro comedero, el cual coceria dentro de la misma cesta y le comerian. Sucedió como el P. José lo habia dicho, y á poco trecho encontraron un ballenato arrojado y desamparado del mar. Pasando más adelante toparon otro pez bueno llamado hamur; metióle el muchacho en la cesta, y viendo una india que estaba haciendo hervir una caldera de agua del mar para sacar sal, metió la cesta con el pez dentro de la caldera, y así le coció y comieron de él.

Partiéndose otra vez del lugar de S. Vicente, le acompañó un Hermano nuestro y un muchacho seglar. Pidió el siervo de Dios al Hermano le diese el breviario para rezar; habiásele dejado en San Vicente que estaba de allí ocho leguas, y confesó llanamente su olvido. Quiso el muchacho volver por él; pero el santo Padre, con la gran confianza que tenia en Dios, se lo estor-

bó, diciendo que Dios proveeria de breviario. Entraron de allí á poco en una iglesia, donde, despues de hecha oracion, se fué el siervo de Dios á un altar, de donde tomó el breviario que se le habia puesto allí un Angel, y habiendo cumplido con la obligacion del rezo, se le entregó al Hermano encargándole no se le olvidase otra vez. Quedó el Hermano maravillado viendo que era el mismo breviario, y alabó al Señor por las maravillas que obra por su siervo José.

Andaba como solia el celoso Padre en la provincia y costa de Itania buscando indios á quien comunicar la luz del Evangelio, cuando, llevado del Espíritu del Señor, se vió movido á entrar por una espesa selva. Dejó á sus compañeros, y llevábale Dios como de la mano, hasta que dió con un brasil muy viejo que estaba sentado en la tierra y recostado á un árbol, el cual dió voces al Padre diciéndole: «Date prisa á llegar, porque há mucho que espero aquí.» Preguntóle el Padre quién era y de qué tierra? Respondió el viejo que era de junto al mar, añadiendo tales señas, que entendió ser de muy léjos y que milagrosamente le habia Dios traído á aquella tierra. Tornóle á preguntar qué era lo que queria y por qué habia venido allí? Respondió el hombre que lo que queria era saber el camino derecho. Significan los brasiles con este modo de hablar la ley de Dios y el camino del cielo. Despues de muchas preguntas, y examinada toda su vida, halló el P. José que habia aquel hombre guardado la ley natural, que nunca tuvo más que una mujer ni peleó sino en guerra justa por defenderse, ni adoró á los ídolos; finalmente, en toda su vida no habia violado gravemente mandamiento alguno de los del Decálogo, que confirma lo que dicen los teólogos de semejantes hombres que en la gentilidad vivieren sin ofensa de Dios grave, que proveeria la providencia divina, sino hubiese otro medio, cómo depararles milagrosamente quien les enseñase la fe de Cristo.

Tenia fuera de eso aquel hombre muchos conocimientos de las verdades naturales tocantes al alma, y á la virtud, y al autor de la naturaleza. Y declarándole el siervo de Dios muchas cosas de los misterios de la verdadera religion, decia el brasil: «Así lo sentía yo dentro del alma, pero no lo sabia explicar.» Instruido bien en la fe y recogiendo el P. José agua llovida en las hojas de los cardos silvestres, por no haber otra, le bautizó llamándole en el bautismo Adan; y el Adan nuevo, recibido tan divino beneficio, sintiendo en el alma los efectos soberanos de la gracia sacramental, y levantando al cielo los ojos y las manos, hizo gracias, primero á la bondad de Dios y luego al Padre: y como quien veía ya cumplidos sus deseos y puestas en ejecucion todas las cosas á que le habia traído allí la mano de Dios, libre el alma de todos sus cuidados, limpia y hermosa con la gracia del bautismo, en los pri-

meros pasos de su nuevo y soberano nacimiento, murió para vivir en toda la eternidad. Decíale el P. José la recomendación del alma, y después que vió al cuerpo sin ella, con eclesiásticas ceremonias le dió sepultura en la arena.

Encontró el siervo de Dios otra vez á un indio lleno de lepra; compadecióse mucho de él, instruyóle en la fe, y después le dió el agua del bautismo, con la cual no sólo le limpió el alma de pecados, sino el cuerpo de la lepra, quedando bueno y sano.

No fué ménos maravilloso el caso que se sigue. En la villa de los Santos murió un brasil llamado Diego, que algunos años ántes habia recibido nuestra santa fe y la habia profesado descubiertamente. Cogióle la muerte en casa de un portugués á quien servia, y el cuerpo sin alma y sin calor se guardó algun tiempo; luego le amortajaron, y estaba ya la sepultura abierta, cuando después de dos horas de su muerte, la dueña de casa vió que el difunto se movia. Llega con ánimo varonil y apresurada á ver la causa de aquel movimiento, porque en semejantes ocasiones suele el Señor dar esfuerzo para manifestar sus maravillas; y el indio poco ántes muerto la habló y pidió que le desenvolviese de aquella sábana. Manda la mujer que descosan la mortaja deseosa grandemente de saber el fin de aquel extraño suceso. El volvió á rogar á su señora que llamasen al P. José de Anchieta, y diciendo ella que el Padre no estaba en el lugar, porque habia ido al lugar de S. Vicente, dos leguas de la villa de los Santos, dijo el indio que ya habia vuelto, y que juntos habian caminado hasta un arroyo que está vecino al lugar, que allí le habia mandado el santo Padre que se adelantase, y despedido de él habia venido á casa, y vuelto á vestirse de su cuerpo. Enviaron luego al colegio de la Compañía quien de parte de Diego el resucitado diese estas señas y llamase al P. José de Anchieta. Vino, y en viéndole el enfermo le preguntó si traia consigo el relicario que le habia mostrado en el camino: sacóle el siervo de Dios del pecho, con que se alegró mucho el indio; contó luego á todos el suceso de su muerte. Dijo, que en partiendo de esta vida, á los primeros pasos que dió en la otra, le salió al camino uno que le dijo que no caminaba al cielo por el camino real y derecho, porque no habia entrado en la iglesia por la puerta del bautismo; porque esta era la causa de haber vuelto al cuerpo, ordenando Dios que á la vuelta encontrase con el P. José. Confesó que era así, que nunca habia recibido el Bautismo; pero que jamas habia caído en su yerro; que se acordaba que, cuando vinieron á su patria los hombres blancos, así llaman los indios á los hombres de Europa, y enseñaron la fe sus naturales, á él le dieron por nombre Diego; que desde aquel tiempo se tuvo por cristiano enteramente, y que solamente habia cuidado

de guardar y cumplir los mandamientos de Dios, y llevado de este engaño, jamas habia caído en su imaginación que fuese necesario el bautismo.

Pidió después de su relación al P. José que le recibiese en la Iglesia con las aguas de salud, porque se iba volviendo á morir y á caminar al lugar de donde habia venido. Trujo entónces el siervo de Dios á la memoria al indio los principales misterios de la fe con la priesa que el tiempo permitia, y catequizado; le bautizó con mucho gozo de su espíritu y muchas lágrimas de sus ojos, afirmando que diera por bien empleada su venida al Brasil y por bien logrados sus trabajos, sólomente por haber enviado aquella alma á la eterna bienaventuranza. Bautizado ya Diego, pidió licencia para partir de esta vida á su señora, y rogóle que sus pobres vestidos diese á un pobre, é hiciese decir dos Misas para que en nombre suyo se ofreciese á Dios si quiera aquel culto, y á él en la mano le pusiese encendida una candelá de cera bendita con los ceremonias de la Iglesia. Y vuelto al santo P. José, le suplicó le asistiese hasta que diese el alma á Dios, cuya era. Hízose todo lo que pedía, y todos con oraciones acompañaban en su partida aquella alma dichosa, la cual á breve rato desamparó su cuerpo y voló á su criador.

V

Cuán admirable fué siendo Rector.

Cuando estaba más ocupado el santo P. José en buscar las almas de los indios, le hicieron Superior de la casa del Espíritu Santo, y después de la de S. Vicente, y últimamente Provincial, en los cuales oficios continuó el celo de las almas y conversión de los brasiles, sin descuidar un punto de sus súbditos.

Ya le habia revelado el Señor cómo lo habia de hacer Superior mientras andaba peregrinando y cultivando aquella tierra bárbara. En esta ocupación le volvió del camino á la casa del Espíritu Santo una carta del Padre que allí gobernaba á los religiosos nuestros. Iba con él en aquella peregrinación un Sacerdote, al cual dijo que su llamamiento era para que fuese Superior en aquella casa, y ni la sombra de esto traia la carta. Vino, y luego le dieron cartas del P. Provincial en que le mandaba rigiese la familia de los nuestros y las residencias subordinadas á aquel colegio.

En el gobierno espiritual y temporal de sus súbditos le favorecia el Señor con notables maravillas.

Habia enviado á un Padre á oír una confesión de un hombre enfermo. Ofreciéndosele á este Padre en esta misión breve un grave peligro, decia al